

de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaba mas que presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento, y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos personas á quienes aflige una mala suerte se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teníamos de hablar cuando queríamos nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oírle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducía á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome:—Caballero, nunca necesitará vd. emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres esquivas.—Vd. me favorece, respondió: los versos que vd. acaba de oír, los compuse para ablandar un corazon que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á vd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vd. la de mis desgracias.



CAPÍTULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos, y de Doña Elena de Galisteo.



RESTO hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto, cuyas ventanas daban en frente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse; ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, que poseia á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con Don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado, quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien emisarios á Felicia, su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron duras é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lenguaje de mis ojos, recurrí á otros intérpretes: puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad, y llegué á saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia busqué á Teodora, á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga; promesa que cumplió al dia siguiente.

—Ya dejo de ser desgraciado, dije á Felicia, pues mis penas han escitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte?—Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad: me ha hablado por vd.; y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear á vd.: su empresa es muy difícil. Vd. ha puesto los ojos en una señorita cuyo corazon es de otro: ¡y qué señorita! Es tan disimulada y altiva que, si vd. con su constancia y obsequios consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfaccion de demostrárselo.—¡Ah! mi amada Felicia, prorrumpí con dolor, ¿para qué me espresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engañaime, y no me desesperes. Dicho esto, y cogiéndole una mano, le puse en el dedo un diamante de trescientos doblones, diciéndole al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

Le persuadieron tanto mis palabras, y quedó tan contenta con mi generosidad, que no quiso dejarme sin consuelo; y allanando un poco las dificultades, me dijo:—Señor, lo que acabo de decir á vd. no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, le habla cuando quiere, y esto es lo que favorece á vd. La costumbre que tienen de estar ambos juntos todos los dias entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados. En una palabra, no parece que mi ama tiene una ciega pasion á Don Agustin. Por otra parte, hay mucha diferencia de sus prendas personales á las de vd., y esta particularidad no la observará inútilmente una señorita de tan delicado gusto como Doña Elena.—No se acobarde vd., continúe su galantéo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vd. se esmera en agradarle; y por mas que disimule, descubriré su interior al traves de sus disimulos.

Despues de esta conversacion, Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno de otro. Yo me dispuse de nuevo á obsequiar en secreto á la hija de Don Jorge; dile una música, en la cual una bella voz cantó

los versos que vd. ha oido. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, le preguntó si se habia divertido.—La voz, dijo Doña Elena, me va gustado.—Y las palabras que ha cantado ¿no son muy espresivas?—De eso es, dijo la señora, de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto; ni se me da nada el saber quien me ha dado esta música.—Segun eso, exclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atencion de vd., y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías.—Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto ha querido declararme su pasion.—Perdone vd., respondió Felicia, está vd. muy engañada; es el mismo Don Gaston, porque esta mañana ha llegado á mí en la calle, y suplicado diga á vd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor; y que en fin, se tendrá por el hombre mas feliz si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas espresiones, prosiguió, denotan bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con aire severo á su criada, le dijo:—¿Cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario tiene todavia la osadía de hablarte, te mando le digas se dirija á otra persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana observando lo que hago en mi cuarto.

La segunda vez que ví á Felicia, me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversacion, y para persuadirme de que mi pretencion no podia ir mejor, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pié de la letra. Por lo que á mí toca, que procedia sencillamente, y no creía se pudiese esplicar el testo en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta á su amiga, y me dijo:—Señor mio, escriba vd. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus penas, y sobre todo láméntese de la prohibicion de asomarse á la ventana. Prométale vd. que obedecerá su precepto; pero asegúrele que le costará la vida: pinte vd. esto tan lindamente como ustedes los caballeros saben hacerlo, y lo demas queda á mi cuidado. Espero que las resultas harán á mi penetracion mas honor del que vd. le hace.

Yo hubiera sido el primer amante que, encontrando tan oportuna ocasion de escribir á su dama, la hubiera desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé á Felicia, quien despues de haberla leído se sonrió y me dijo que, si las mugeres

sabian el arte de encaprichar á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embozar á las mugeres. La criada tomó el billete, asegurándome que si no producía buen efecto, no sería culpa de ella: me encargó mucho tuviese gran cuidado de no dejarme ver á la ventana por algunos dias, y se volvió al momento á casa de Don Jorge.

—Señora, dijo á Doña Elena cuando llegó, he encontrado á Don Gaston. Ha venido á hablarme, y me ha tenido una conversacion muy lisonjera; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oír su sentencia, si habia hablado á vd. de su parte. Yo, por no faltar á vuestras órdenes, no le he dejado proseguir, y le he hartado de injurias, y dejado aturdido de ver mi enojo.—Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no habia necesidad de hablarle descortesmente: siempre es preciso que una doncella tenga agrado.—Señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se le aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado. Despues de haberle llenado de improperios, como he dicho, fuí á casa de vuestra parienta, á donde me habeis enviado. Esta señora, por mi desgracia, me ha detenido mucho tiempo: digo mucho tiempo, porque á la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en ésta pronunciar una palabra.—Pero y entre tanto ¿qué ha hecho él?—Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi turbacion, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y desapareció al momento.

Dicho esto sacó del seno mi carta, y se la entregó en tono de chanza á su ama, quien la tomó como por diversion, la leyó con todo, y despues hizo la reservada.—En verdad, Felicia, dijo seriamente á su criada, que eres una loca en haber recibido este billete. ¿Qué podrá pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das motivo con tu conducta para que desconfie de tu fidelidad, y á él para que sospeche que correspondo á su inclinacion. ¡Ay de mí! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus espresiones. Ve aquí á qué afrenta espones mi altivez.—De ninguna manera, señora, le respondió la criada, él no puede pensar de esta suerte, y caso que así fuese, pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea, que he enseñado á vd. su carta; que vd. la ha mirado con la mayor indiferencia, y que, sin leerla, la ha hecho vd. pedazos con un frio desprecio.—Libremente puedes afirmarle, repuso Doña Elena, que yo no la he leído, porque me hallaría muy apurada si tuviera que decir solamente dos palabras. La hija

de Don Jorge no se contentó con hablar en estos términos, sino que aun rasgó mi billete, y prohibió á su criada hablarle jamas de mí.

Como ya habia prometido no galantearla desde mis ventanas, porque mi vista le desagradaba, las tuve cerradas muchos dias para que mi obediencia mereciese mas aprecio; pero en desquite de mis señas, que me estaban prohibidas, me dispuse á dar músicas á mi cruel Elena. Fuime una noche debajo de su balcon con los músicos, cuando un caballero con espada en mano turbó el concierto dando de golpes á los instrumentistas, quienes inmediatamente huyeron. El corage que animaba á este atrevido despertó el mio, y arrojándome á él para castigarle, principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por las celosías, y ven dos hombres que riñen. Dan grandes gritos: obligan á Don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente, y acuden con muchos vecinos á separar á los combatientes; pero ya llegaron tarde. Solo encontraron en el sitio á un caballero nadando en su sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, y se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y especialmente Doña Elena, que entonces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo se rindió al sentimiento; y ya, ¿lo creerá vd? no era aquella señorita que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios, sino una tierna amante que se entregaba sin reserva á su dolor; y así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustin de la Higuera, á quien ellas creian autor de sus lágrimas, como en efecto él era quien habia interrumpido la música tan funestamente. Tan disimulado como su prima, habia conocido mi intencion, y nada habia dicho de ella; é imaginando que Elena me correspondia, habia hecho esta accion tan violenta para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á salvo. Todavía no salia yo, cuando Doña Leonor, mi tia, fué á verse con Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en este enlace tanto mas gustoso cuanto que entonces miraba á Don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo recelaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo la Higuera habia tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para grangear su cariño; pero se mostró tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aquí podemos inferir que en España, como en todas partes, es afortunado con las mugeres el último que llega.

Luego que pude hablar á solas con Felicia, supe hasta qué extremo habia affligido á su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo que, no dudando ya ser el París de mi Elena, bendecia yo mi herida, pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del Señor Don Jorge para hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué gustosa fué esta conversacion para mí! Tanto supliqué, y de tal manera insté á la señorita á que me dijese si su padre violentaba su inclinacion concediéndome su mano, que me confesó que no la debia solamente á su obediencia. A vista de esta halagüeña declaracion, solo pensé en agradar y en inventar galanteos mientras llegaba el dia de la boda, que habia de celebrarse con una magnífica cabalgata en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaba para lucirlo.

Dí con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenia mi tia cerca de la ciudad del lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia dispuesto por mi órden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Cuando estábamos á la mitad de la comedia, entraron á decirme que estaba en la antesala un hombre que queria hablarme de un negocio muy interesante para mí. Me levanté de la mesa para ir á ver quien era, y me encontré con un desconocido que me pareció ser un ayuda de cámara, el que me entregó un billete, que abrí y contenia estas palabras:—"Si estimais el honor, como debe un caballero de vuestro órden, no dejeis mañana por la mañana de ir á la llanura de Monroy, en donde encontrareis á un sugeto que quiere daros satisfaccion de la ofensa que os ha hecho, y poner, si puede, fuera de estado de casaros con Doña Elena.—DON AGUSTIN DE LA HIGUERA."

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el pundonor tiene todavia mas. No pude leer el billete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que casi me hizo olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante, me contuve temiendo turbar la funcion, y dije al que me habia traído la carta:—"Amigo mio, podeis decir al caballero que os envia, que deseo demasiado renovar con él el combate, para no hallarme mañana antes que salga el sol en el sitio que me señala."

Despues de haber despachado al mensajero con la respuesta, volví á reunirme con mis convidados, y me senté á la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba, y lo restante del dia aparenté estar entretenido, como los otros, con la diversion de la fiesta, la cual se acabó á media noche. La concurrencia se separó, y todos se re-

tiraron á la ciudad del mismo modo que habian venido, menos yo que me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otro motivo sino para acudir mas pronto al sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia á que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo como para pasearme en el campo. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo que venia á mí á rienda suelta: yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y así bien presto nos encontramos, y ví que era mi rival.—Caballero, me dijo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con vd., pero la culpa es vuestra. Despues del lance de la música debió vd. renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que, si vd. persistia en el designio de obscuirla, nuestros debates no habian cesado.—Vd. se ha ensoberbecido, le respondí, del logro de una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche.—Vd. se olvida de que las victorias no son siempre de uno.—Siempre son mias, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á vd. que así de dia como de noche sé castigar á los atrevidos que estorban mis intentos.

A estas altaneras palabras solo respondí echando pié á tierra, lo cual hizo tambien Don Agustin. Atamos los caballos á un árbol, y principiamos á reñir con igual denuedo. Confieso ingénuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima, y así no podia esponer yo mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas débil, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su destreza, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde conté lo que habia pasado á mi criado, cuya fidelidad conocia. Dije despues:—"Mi amado Ramiro, antes que la justicia sepa el caso, toma un buen caballo, y ve á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte dinero y joyas para mi viage, y ven á buscarme á Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la ciudad, me encontrarás."

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza, que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Dijome que Doña Leonor se habia alegrado mas que no affligido de un combate que reparaba la afrenta que habia yo recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenia, para que viajara cómodamente por paises estrangeros mientras ella componia mi asunto.

Para omitir las circunstancias superfluas, diré que atravesé por Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia á embarcarme en Denia. Pa-